

Posibilidad de la Historia y su compromiso con la “verdad”*

THE POSSIBILITY OF HISTORY AND ITS COMMITMENT WITH THE “TRUTH”

Luis Rabaneda Sánchez
Archivo Histórico Municipal de Linares

Resumen

Si la Historia, como comúnmente se cree, trata de actos que han sido realizados en el pasado, procede interpretando los testimonios que han dejado huella y contribuye al autoconocimiento humano, no tendríamos mayor problema para dotarla de un estatuto de empiricidad similar al del modelo físico-natural empleado por la ciencia, si su objeto de estudio no fuese tan escurridizo como lo es y su método hermenéuticamente tan dependiente de la variabilidad ideológico-cultural del momento. Con todo, intentaremos probar su posibilidad, aunque sea reduciendo su alcance al ámbito de lo local, demostrando su necesidad más allá de los paradigmas imperantes en cada época. La falta de profesionalidad, honestidad y vocación del historiador será un inconveniente más, y no precisamente el más pequeño, para una disciplina metodológicamente sospechosa, en tantas ocasiones, de objetividad.

Palabras clave: Historiografía, idea de progreso, testimonios, sentido de la Historia.

Abstract

If History, as commonly thought, deals with actions that happened in the past, proceeds by interpreting the testimonials that have left their marks and contribute to the human self-knowledge, we wouldn't have much problem to grant History with an empiricity status similar to the Physical-Natural model used by Science, if its subject of study wasn't as slippery as it actually is and its methodology as hermetically dependant of the variability of the ideological-cultural time as it also is. Nevertheless, we will prove its possibility, even if we need to reduce its scope to the local field and to demonstrate its necessity beyond the prevailing paradigms in every period. The lack of professionalism, honesty and historian vocation will be another objection, and not precisely the weakest, of a discipline methodologically suspicious, on many occasions, of objectivity.

Keywords: *Historiography, idea of progress, testimonials, sense of History.*

*Una versión adaptada de este artículo fue pronunciada por el autor como conferencia inaugural del programa universitario para mayores de la UJA, en marzo de 2011.

Epilegómenos

¿Quién no ha oído hablar de aquella ingeniosa estratagema que usaba Sócrates para alumbrar la verdad de cualquier tema propuesto, dirigiendo un hábil interrogatorio¹ a sus interlocutores y así encarrillarlos hacia una conclusión que ya, de antemano, no sólo sabía el filósofo, sino que todos los tertulianos declaraban finalmente reconocer.

A poco que prestásemos un mínimo de atención a esa colosal obra arquitectónica de la historia del conocimiento humano, que son los *Diálogos* de Platón, concluiríamos, necesariamente, que el conocido método dialéctico recreado por el filósofo griego tiene aplicaciones varias, más allá de la ingenua equiparación con el metódico proceder, por ejemplo, de la criminología. Y nos va a venir pintiparado para hablar de la Historia, si admitimos como premisa que algo de inquisitivo parece ser que tiene el método que emplea, que por lo demás no está tan alejado del que emplean el resto de las ciencias.

Pero, aventuremos, antes de seguir, una definición lo más comprehensiva del término. Es decir, ¿qué es Historia?, ¿qué realidad describo cuando digo que un hecho, un acontecimiento determinado, es histórico?, ¿qué experiencia de ese relato tengo? y finalmente ¿qué utilidad tiene ese específico registro humano por el que me intereso? Es decir, las respuestas a *qué sea la historia, de qué trata, cómo procede y para qué sirve* van a resultar tan pluridiversas como el potencial número de personas a quienes dirigiésemos esas preguntas, a menos que se goce no sólo de tener experiencia del pensar histórico, sino de haber reflexionado sobre tal experiencia. (COLLINGWOOD,

¹ “Mi arte mayéutica -dice Sócrates- tiene seguramente el mismo alcance que el de aquellas [las comadronas], aunque con una diferencia y es que se practica con los hombres y no con las mujeres, tendiendo además a provocar el parto en las almas y no en los cuerpos”. Vid. *Teeteto, o de la ciencia*, en Obras completas de Platón, Aguilar Ediciones, pág. 897.

17-18). O lo que es lo mismo, haber hecho del conocimiento de la historia no sólo una vocación, sino fundamentalmente una profesión.

Y con todo, cada época tiene una manera de historiar. No hay más que ver, en primer lugar, que el pretendido estatuto científico de la Historia nace del racionalismo moderno y su construcción a partir del siglo XIX. Desde entonces no ha parado de fluctuar, hasta el punto de que los debates historiográficos, sobre todo a partir de la segunda mitad del pasado siglo XX, han coadyuvado a poner de relieve la dificultad epistemológica de una historia universal, a la par que fundaba la esperanza en un “giro local” de la historia, capaz de recoger los detritos de esta pretendida ciencia que la postmodernidad había terminado de esparcir² tras la caída del muro de Berlín y la consiguiente muerte de las ideologías.

Problemas con el método

¿Alguien podría contestar que algo es histórico cuando puedo probar la veracidad de un acontecimiento al que no tenemos acceso directo? ¿O esto es ya más com-

² Un acertado repaso de estos debates, desde *Annales*, pasando por el reduccionismo historiográfico de la Escuela de Frankfurt, hasta llegar a las llamadas *historias sectoriales*, puede consultarse en la conferencia inaugural de Salvador Cruz Artacho que abrió el I Congreso de Historia de Linares, en abril de 2008. Aunque es difícil achacar a su autor olvido de los más significativos exponentes del discurso historiográfico contemporáneo, rehúye, sin embargo, cualquier contacto con el historicismo y sólo cuando hace alusión velada al neopositivismo lógico encarnado en el análisis lingüístico, como posibilidad fáctica de naturalización del discurso histórico, parece asomarse entonces a la Filosofía de la Historia. Fugaz ilusión, porque al toparse con el llamado “giro local” termina por presentárnoslo simplemente como una provechosa suerte de inversión metodológica, sin entrar en las consecuencias epistemológicas de esta nueva semántica del historiar, ignorando también, por ejemplo, al último “monstruo” engendrado por el historicismo: el nihilismo de Fukuyama con su aventurado *Fin de la Historia* (1989) y su inevitable quiebra de la ilusión progresista de que la historia avanza en dirección de una utopía.

plicado de probar y sencillamente nos contentamos con catalogar de histórico a lo sucedido en otro tiempo, distinto del que vivimos? Entonces, la Historia, que todavía no sabemos claramente lo que es -del modo que podemos saber lo que es, o de lo que trata, la arqueología o la numismática, o la arquitectura, etc.- ¿tiene por objeto sólo el relato del pasado? Supongamos que sí. La creencia común lo avala. Pero, ¿no es cierto que del pasado -y menos cuanto más remoto sea- no podemos tener experiencia directa?

Los hechos -como diría Kant- deben comprenderse además de narrarse, hay que verlos desde adentro y no sólo desde afuera³. Hechos que se constituyen en la materia prima de la Historia. Más concretamente, hechos del pasado que demandan algo más que un mero relato de situación.

Cuando ahora más adelante proponamos algunos ejemplos del -para algunos historiadores- viciado modelo descriptivo del Linares de finales del XIX, ¿quién se podría declarar contemporáneo de aquellos acontecimientos? Nadie. ¿Cómo es posible entonces la Historia, si su objeto de estudio no es aprehensible del mismo modo que lo es para las ciencias empíricas? Este, por simplista que parezca, es un viejo problema de la filosofía de la historia ya desde los albores de ésta con aquellos dos colosos de la antigüedad que fueron Herodoto y Tucídides que termina por diluir esa pretendida cientificidad histórica en las exigencias de refutación de Popper⁴. La Historia, así, parece científicamente intratable y, no obstante, hay que tratar con ella. (CUARTANGO, 64).

Para el griego, su mundo es el mundo conocido. Aquel del que se tiene o bien experiencia directa o bien información a

³ Cfr. COLLINGWOOD, R. G., *Idea de la historia*, pág. 108.

⁴ Para este filósofo la Historia (lo mismo cabría decir de la Psicología y de gran parte de las llamadas Ciencias Sociales) no es ni puede llegar a ser ciencia, ya que sus presupuestos narrativos nunca podrán ser falsados.

través de testigos presenciales de los acontecimientos. ¿Es esta la idea que nosotros hoy tenemos de la Historia? En definitiva, no pretendemos dilucidar, por ahora, otra cosa distinta a si el haber sido testigo ocular de los hechos descritos, o mejor aún, haber intervenido directamente en ellos, se considera una ventaja fundamental a la hora de dotar de verosimilitud a la narración histórica (ASH, 22). Más contundentemente, ¿toda la historia es, en algún sentido, historia contemporánea? Este paradigma temporal, tan del gusto del historicismo del siglo XIX que hace del pasado una utilización en favor de intereses presentes (CUARTANGO, 68), ha devenido en la ruina de la optimista idea de progreso que ya está tentada de no registrar más acontecimientos históricos que aquellos que vienen determinados por el juego de los intereses individuales del mercado (SIGUAN, 26) o una historiografía que se limita a añadir perspectivas parciales -social, económica, artística, literaria, feministas, o tantas otras- al cuadro de partida fijado para la ciencia histórica heredera del siglo XIX⁵.

Los límites del "relato" histórico

En un viaje de Pemán a Andalucía, corriendo los años cincuenta del pasado siglo, no sabemos si por encargo del Nomenclátor o llevado por un impulso de etnógrafo con prisa, al llegar al Alto Guadalquivir y tras salir de Úbeda y Baeza agradeciendo "al suelo su generosa oferta de piedra para labrar", llega a Linares. Las escasas veinte líneas que le dedica poco sirven para esbozar la singularidad de la ciudad que ahora recorre, todavía impresionado por la sin par nobleza de las ciudades vecinas. La visión del viajero no parece llegar a descubrir la sombra de una populosa ciudad; a lo más, y con algún exceso de sarcasmo, tropieza con los vestigios más visibles de lo que aún queda en pie.

Así veía Pemán a Linares: *Tras un entreacto que dura veinticinco kilómetros, nos*

⁵ RIDAO, José María, *El retorno de la historia*, pág. 64.

espera una total mutación escénica. Es también el tiempo con quien vamos a encontrarnos al llegar a Linares. Pero no dormido en un sueño de siglos como lo dejamos en Úbeda y Baeza, sino bien despierto y con atuendo deportivo de record, encuadrado en estadísticas de producción y comercio. Porque Linares, como tantas otras ciudades nacidas y desarrolladas vertiginosamente al amparo de unos yacimientos súbitamente puestos en explotación, ha crecido y proliferado en poco más de un siglo. Poco habiéramos tenido que decir de esta hoy importante ciudad si llegamos a pasar por ella en la primera mitad del siglo XIX, antes de que se pudiesen en explotación sus ricas minas de plomo argentífero. Tiene Linares (...) entidades bancarias y comerciales; (se) han construido febrilmente buenos edificios que le dan un cierto aire de urbe moderna en la que no faltan ni aun las líneas de tranvías eléctricos, más o menos gotosos y renqueantes, pero tranvías al fin.

(...) Como unas gotas de antigüedad, que adoben su condición de ciudad de ayer por la mañana, conserva un buen palacio, el del Marqués de Linares, y la Casa de la Cadena, construcción del siglo XVII. En Linares, por lo demás, hay que descansar de arqueología. Y el romancero de moros y cristianos deja paso a ese otro popular y elegíaco de la muerte de Manolete, ocurrida hace unos años, en su plaza de toros, una tarde agosteña.⁶

¿Nos parece esta descripción un relato histórico? ¿No estaríamos más bien tentados, sin dudarle mucho, de caracterizar a este género literario más como reflejo de una crónica periodística que de un verdadero hecho histórico? Es más, ¿qué quiere transmitir Pemán con este relato?, ¿conocimiento histórico objetivo, o impresiones subjetivas cargadas de mayor o menor emotividad?

Pocos años después otro viajero, un norteamericano, compañero ocasional de vagón del profesor Antonio María Calero, al paso por la Estación de Linares-Baeza, le preguntó: a éste: -“Este nombre es conocido. ¿Qué es lo que ocurrió aquí? -“Pues hace tiempo tuvo minas importantes,

fundiciones...”, contesta Calero. A tenor de la extrañeza que denotaba la mirada del americano, su interlocutor pronto adivinó que no sabía de qué le hablaba. Entonces, se acordó: “Tal vez a usted le suene el nombre porque aquí murió un torero muy famoso, Manolete”. Ahora sí, el brillo en su mirada y tal vez un disimulado gesto le había delatado: -“Eso es, Manolete... Linares”.⁷

La muerte de Manolete en el coso de Santa Margarita quizás sea un hecho decisivo para la historia del toreo pero, en modo alguno, como no sin pesar concluye Calero, lo es para la historia de Linares. Sin embargo, al turista -como a otros muchos, incluido el mismo Pemán- no había pasado inadvertida esa casual circunstancia.

En palabras de Croce, así como el anticuario, por ejemplo, guarda en su museo instrumentos y vasijas, sin reconstruir necesariamente la historia a partir de ellos, o el archivero conserva y custodia documentos sin una especial preocupación por su contenido, así también el recurso habitual a la utilización de testimonios o fuentes orales (de esas, por ejemplo, que hoy llamamos historias de vida) sin mayor interpretación crítica, nos coloca frente a un abuso que está obligando a sus más fervientes y eruditos defensores a que lo único que puedan escribir sea sobre los sucesos que han acontecido dentro del alcance de la memoria de las personas con quienes el historiador puede tener contacto personal. (COLLINGWOOD, 199). En este sentido, el ocasional historiador, como mucho, alcanzará a ser el biógrafo de su generación. Porque su método le impide ir más allá del alcance de la memoria individual, ya que la única fuente que críticamente está dispuesto a examinar es el testigo con quien puede conversar cara a cara. Así es como historiar se convierte para muchos, en transcribir, traducir o recopilar.

Seamos justos. Este trabajo desde lue-

⁶ PEMÁN, José María: *Andalucía*, págs. 545-546.

⁷ Cfr. Prólogo de Antonio M^a Calero a *Análisis sociodemográfico de una nueva ciudad andaluza...*, pág. 4.

go es útil; pero no es historia. No hay en él elementos críticos; no hay interpretación, ni revivificación en la mente de la experiencia pasada.

En la historia no hay cabida para lo meramente probable o lo meramente posible. Todo lo que se le permite afirmar al historiador es a lo que le obliga el testimonio histórico que tiene ante sí.

Cuidado, también, con ese extendido recurso al que Collingwood llama muy ilustrativamente *tijeras y engrudo*. En otras palabras, la veneración ciega al testimonio de, por ejemplo, las llamadas "autoridades". Toda historia, de cualquier lugar, de cualquier pueblo las tiene⁸. Historias que se presentan revestidas, una vez más, de erudición, pero que a poco que se contrasten las fuentes primarias comenzamos a entrever el resultado amalgamado de ese cortar y pegar.

¿Empieza a parecer claro que son testimonios -y no anécdotas- la materia prima de la Historia? Pero, ¡jojo!, porque la Historia, lejos de depender exclusivamente de testimonios, se basa en una síntesis de dos cosas que sólo existen como fruto de una estrecha relación entre testimonio y crítica que no tiene, tampoco, por qué suponer una insalvable dificultad para hacer "historia actual", como von Ranke y su idea de progreso⁹ puso de manifiesto, al decir que los acontecimientos se entienden mejor cuanto más alejado esté el historiador de ellos.

⁸ Sin ir más lejos, en nuestra ciudad se ha venido abusando, durante décadas, de estas llamadas autoridades, otorgando, por ejemplo, a los *Apuntes* de Federico Ramírez la categoría de mito fundacional de la historiografía linarense.

⁹ El reemplazo del providencialismo por la idea de progreso se debe a Voltaire, que presupone la emancipación de la interpretación teológica de la Historia. Pero ahora la esperanza cristiana en la salvación ha devenido secularizada esperanza en un progreso indefinido.

La historia como compilación de hechos (*Res gestae*)

Se ha venido históricamente abundando en el tópico de Linares como una "ciudad sin ley", donde corría sin control alcohol, violencia, muerte y prostitución.¹⁰ La figura del taranto ha sido, inmerecidamente, elevada a la ficción propia del *far west*. Muchas de estas descripciones descansan sobre prejuicios propios de una moral concreta que, reiteradamente, se han venido reproduciendo por mor de que lo escribió fulano o mengano, convertidos en testigos oculares de la época. José Sierra ya alertaba hace unos años de que *la imagen del minero naturalmente intemperante y violento, borracho y pendenciero ha constituido poco menos que una invariante de la literatura sobre la mina del último cuarto del ochocientos y primeras décadas del novecientos. Fuesen cuales fuesen las opciones literarias, éticas y políticas de sus autores -del romanticismo conservador al naturalismo darwinista y del catolicismo social al militantismo obrerista-, un recorrido por las producciones del género, tanto españolas como extranjeras, bastaría para confirmar lo machaconamente reiterado de aquella percepción y, con ello, para evocar lo profundamente anclado que ese mito se encontraba en el imaginario social de la época.*¹¹

Nada tengo que añadirle al profesor Sierra respecto a esa lúcida percepción de los mitos ahistóricos¹² de raíz plutónica entre los que se cuele la estética del minero. Otros hay, también, que con apariencia de rigor y objetividad histórica ocultan datos, no sé si porque los han desconocido o, simplemente, porque acababan falsando una hipótesis inicial.

¹⁰ LÓPEZ VILLAREJO, Francisco: *Sociedad y prostitución en un enclave minero de la Andalucía del siglo XIX*, pág. 361.

¹¹ SIERRA ÁLVAREZ, José, *Rough Characters. Mineros, alcohol y violencia en el Linares de finales del siglo XIX*, pág. 77.

¹² Como pone de relieve Ortega y Gasset, en un breve y hasta hace poco desconocido texto publicado en 1918: *La perspectiva épica de mirar los sucesos del mundo desde ciertos mitos cardinales, como desde cimas supremas, no muere con Grecia. Llega hasta nosotros.*

¿Es permitido deducir del resultado cuantificado de una tabla estadística una verdad objetivamente histórica, sin más? Más concretamente, hay estudios que se han ocupado del aspecto social de la prostitución -otro mito más- y han presentado una acabada lista de mujeres ingresadas en el Hospital Municipal, aquejadas de sífilis. ¿El diagnóstico de la enfermedad es suficiente para colegir, sin ningún asomo de duda, que todas ellas se dedicaban al ejercicio de la profesión más antigua del mundo? ¿Se ha observado, críticamente, si en esos libros de registro de estancias en el Hospital, además de las fechas de ingreso y alta, además de la reseña de la patología y su posible tratamiento hay más datos de carácter personal que puedan corroborar la homogeneidad del grupo estudiado? Por ejemplo, ¿cuántas solteras y cuántas casadas aparecen? No es lógico inferir que, al menos, las casadas -si las hubiera de entre las hospitalizadas- bien podrían haber contraído la enfermedad no por el ejercicio de una determinada profesión, sino por el contagio de su marido?

¡Cuidado!, pues, con lo que nos sirven, porque gran parte de la llamada historia local a menudo escapa a la regulación que consideramos propia de un concepto de historia más general. Es decir se siente ajena a cualquier método de comprobación empírica.

Hasta no hace mucho, eran muy pocos los que se rodeaban del manto de Clío y a éstos poco o ningún rigor histórico se les ha venido demandando. Yo mismo he sido duramente criticado por aconsejar a cronistas que si querían seguir dedicándose a hacer verdaderamente historia, dejaran al menos de hacer lo que ya hoy, con mejor fortuna y profesionalidad, hacen los medios de comunicación social a diario: crónica.

La historia como relato vivo (*Rerum gestarum*)

La misma opacidad con la que Linares sale de la Edad Media, comprando el villazgo, después de tres siglos de depen-

dencia jurisdiccional y administrativa de Baeza, y se suma al concierto "provincial" como una pequeña villa agro-ganadera más, informa de la irrelevancia de una historia que comienza a trascender sus fronteras bien andada la segunda mitad del siglo XIX. El plomo será el principal responsable. El responsable del merecimiento al que accede Linares al serle concedido el título de ciudad, al año escaso de la restauración Alfonsina; responsable, además, de que el destino de la ciudad acabe fluctuando al mismo ritmo que lo hace la Bolsa de Londres. En suma, responsable, también, de ese atuendo de *record* de que hablaba Pemán y que fue, durante muchos años, exponente de una dura competencia que nunca logró apearse al distrito minero del primer puesto mundial en la producción y explotación de tan preciado mineral. Hasta aquí llegarían ingleses, alemanes, franceses, belgas y suizos para explotar los ricos filones argentíferos; hasta aquí llegaron espoleados hombres y mujeres de toda Andalucía, de la Mancha, hasta de Aragón y de Galicia. Vida a borbotones que ve cómo el espacio urbano no crece al ritmo de la población. En veintiocho años se ha multiplicado por seis el número de habitantes. Consiguientemente, el hacinamiento produce marginalidad, que sumado a las penosas condiciones laborales del principal artífice de este cambio, el minero, dibuja un escenario donde el dinero se entremezcla con la más lacerante supervivencia; donde el alquiler de un mísero cobijo puede llegar a ser, proporcionalmente, más caro que en un Madrid y casi igual que en París, como declaraba Enrique Naranjo, el Ingeniero Jefe de las Minas de Linares.¹³ No es extraño, pues, que en este clima la beneficencia privada intente llegar donde no lo hace la municipal; que la generosidad de algún benefactor palie, en ocasiones, la dejadez de las autoridades locales; que la caridad cristiana intente comprar con sus dádivas el reino que debiera ser de la justicia social; que el político de turno, cegado por el

¹³ AHML Leg. 2049/018 [*Informe relativo a la utilidad pública de las minas de Linares, 1871*].

capitalismo minero de la zona, acabe confundiendo el interés de la ciudad con el suyo propio.

Todo ello junto es Linares, al menos entre 1875 y 1923. El Linares de abundante y barato vino, del taranto y la puta, de demasiados huérfanos y viudas, de bellas y gentiles señoritas y envarados señoritos republicanos. Un Linares que se mira en el ombligo de su recién adquirida ciudadanía, a la sombra del favor de los algarrobales de "les Alquerietes"¹⁴ y que andados cincuenta años está ya solicitando la capitalidad de la provincia. Esta vez al provecho de otra sombra no menos negra: la dictadura primorriverista¹⁵.

Una ciudad minera que para los primeros "aventureros", llegados a la llamada de la "fiebre del plomo", presenta un aspecto áspero, de calles sucias, sin asfaltar, de alrededores pelados y desprovistos de belleza, donde se levantan las altas y humeantes chimeneas de las mimas, y unas pocas casas encaladas -al borde de la carretera del cementerio-, respaldadas por las moles de granito dinamitadas.¹⁶ Una ciudad, sin embargo, que pocos años después cuenta, orgullosa, con Cámara de Comercio y Cámara Agrícola; tres casinos: Círculo Mercantil, amigos de Burell y Olimpia-Palace; tres teatros, dos de invierno y uno de verano; Escuela Industrial y Escuela de ayudantes de Minas; Academia

de dibujo; tres centros particulares de enseñanza superior; un amplio Centro obrero, con varios miles de asociados, Centro ferroviario y Centro republicano-federal; sucursales del Banco de España y del Español de Crédito, con tres casas de banca más; Colegio de Abogados, Colegio Médico, Sociedad Cultural, Cantina Escolar, y otras Sociedades de carácter culto o recreativo. Tres fundiciones de plomo, con fabricación de albayalde, innumerables minas, fábricas de harinas, de alquitrán, de aguardientes, seis de cerámica, de construcciones metálicas, grasas, electricidad, gaseosas, hielo, jabones, sebos, pólvora, dinamita, aceite de vapor, fideos; fundiciones de hierro, fábricas de aluminio, muebles, municiones, precintos metálicos, y otras muchas. Tranvías, cuatro estaciones de ferrocarril y otras varias manifestaciones de progreso¹⁷.

Esta imagen promocional de la ciudad que vemos, insistentemente, cómo explota la prensa, lejos de la objetiva y aséptica descripción con que por ejemplo, casi a diario, se informa de los aburridos datos de producción y cotización del plomo, no parece carecer de intención. Bien fuera en un intento de remarcar el papel que Linares jugaba en el concierto provincial, alimentando una siempre acalorada competitividad con la capital de la provincia, bien sea por fomentar una artificial conciencia de arraigo y orgullo local dentro de una población de procedencia y costumbres muy heterogéneas. Sin embargo, debajo de todo ese oropel, se oculta el hondo lamento de la realidad que, por doquier, encierra una letra cualquiera, anónima, de una taranta:

«Minero, ¿pa quién trabajas?
pa el inglés la ganancia,
pa tu familia el luto
y pa ti la mortaja»

¹⁴ Caserío levantino donde, probablemente, Cánovas planeó el levantamiento militar del general Martínez Campos que entronaría a Alfonso XII, dando así comienzo la Restaruración borbónica.

¹⁵ Al poco tiempo de la ocupación del poder por Miguel Primo de Rivera, quien había prometido reformar totalmente la Administración y establecer una nueva división territorial del Estado, Linares aprovecha para solicitar vehementemente la capitalidad de la nueva provincia o comarca que pudiera crearse.

¹⁶ ROSE, H. J., *Untrodden Spain an her black country*. Samuel Tinselly editor. London, 1875. Puede consultarse una traducción, muy ajustada al original, hecha por el Colectivo Proyecto Arrayanes y publicada bajo el título de "Linares 1875. H. J. Rose, un capellán inglés en el distrito minero". Linares, 2011, pág. 445.

¹⁷ LA UNIÓN, número extraordinario, Linares 20 de agosto de 1916, inserto en "INDUSTRIA MINERA, METALÚRGICA Y MERCANTIL". Núm. 59 (19 agosto 1897), recogido en facsímil de la revista "Taller de Historia". Núm. extra (agosto 1987).

Una intrahistoria, de anónimos sujetos, llenos de vida que late al mismo ritmo agónico con que el marro acompaña, cadenciosamente, al “quejío” de la taranta.

Lo elegíaco se torna ahora drama real que nos lleva a entrever los verdaderos intereses en juego que ocultan las protocolarias actas del Pleno Municipal y que pone al descubierto la prensa local, en un marasmo de publicaciones convertidas en órganos oficiales de los respectivos intereses políticos y financieros¹⁸. Constatamos el rastro que los promotores de la beneficencia municipal van dejando tras de sí y que nos dificulta, sin embargo, el acceso directo a los destinatarios de tanta generosidad, quizá porque carecen de voz propia, relegados siempre al papel de meros agentes pasivos de la caridad. Descubrimos, también, la tupida red clientelar de políticos que combinan, con maestría, el poder y los favores del cargo con los dividendos de sociedades mineras, en las que aparecen, una y otra vez, como principales accionistas.

La preocupación de los primeros socialistas de la provincia, constituidos desde 1887 en Linares¹⁹, que ven cómo el crecimiento de la organización se ve constantemente frenado por la influencia y patronazgo que sobre el elemento obrero ejerce un disciplinado y potente republicanismo local.

Por una vez, las campanas de Linares no deberían llorar la muerte del Califa²⁰. Esta vez las obligamos a repicar por todos aquellos que encontraron una muerte me-

nos gloriosa en sus entrañas; por todos aquellos que venían con una esperanza que, muy pronto, la sílice del plomo se encargó de borrar; por todos aquellos, en fin, que con su trabajo hicieron Linares, ese mismo Linares del ensanche, del ferrocarril, de los cafés cantantes²¹ y de los teatros... también el de las curvas estadísticas de producción que periódicamente publicaba el semanario londinense *The Mining Journal*.

He referido intencionadamente el concepto unamuniano de *intrahistoria* (eufemístico término que preferimos traducir simple y llanamente por *dar voz a los que nunca la tuvieron*²²) porque entre las decenas de libros que se vienen publicando anualmente en Linares, la mayor parte de ellos de historia, echo de menos eso que la moderna historiografía da en llamar *historia de los no privilegiados*. Grupos de población que, desde luego, no encontraremos protagonizando historias de “corneta y tambor”, donde el historiador sólo convoca, con escaso pudor y menor rigor aún, a nobles y regias personalidades; donde la cronología pasa de mero instrumento temporal de descripción a base sustancial del relato histórico; donde toda la memoria de un pueblo aparece desplegada corriendo la suerte de un providencialismo sin historia.

Finalmente, esto podría valer como una introducción más, de las muchas que se pueden hacer, para formarnos una idea de la historia más reciente de cualquier ciudad, pero al menos alejada de tópicos. En este caso, de aquella que convirtió el plomo en *metal de vida y muerte*, que diría el profesor

¹⁸ SOLER BELDA, Ramón y Raúl Caro-Accino Menéndez, *Aproximación a la prensa, imprenta y política en Linares (1868-1975)*. Ediciones Entre Libros. Linares, 2003.

¹⁹ ARTILLO GONZÁLEZ, Julio, *La llegada del socialismo a la provincia de Jaén, 1885-1905*. Universidad de Jaén, 2001, págs. 69-84.

²⁰ Con este sobrenombre es conocido Manuel Rodríguez Sánchez, “Manolete”, de ascendencia cordobesa, además de inigualada maestría en el toreo, y a quien Rafael Farina aludía en su copla “Campanas de Linares”.

²¹ DÍAZ OLAYA, Ana María, *Minería, flamenco y cafés cantantes en Linares (1868-1918)*. Signatura. Sevilla, 2008.

²² Hace unos años apareció un ambicioso proyecto coordinado por Philippe Ariès y Georges Duby, sobre la idea original que Michel Winock defendió en un Coloquio de 1981 en Sénanque, que acabaría plasmado en la edición de una original *Historia de la vida privada*, en cinco volúmenes que, a modo de “arqueología histórica”, bordea la *historia del individualismo*; o lo que es lo mismo, *de la intimidad*, un género histórico hasta entonces no ensayado.

Calero, y que elevó, durante algo más de un siglo, a toda una comarca al primer puesto de producción mundial de dicho mineral. No obstante, este “atuendo de record” con que Pemán vio vestida a la ciudad, esconde toda una realidad, unos rasgos de una viveza singular, que la hacen proclive para el estudio. Riqueza, sí, pero a costa de explosión demográfica, hacinamiento, miseria, marginación, enfermedad y muerte.

Es un hecho conocido que la penetración de capital extranjero en los años cincuenta del siglo XIX sacará a esta comarca del aletargado corsé del *Antiguo Régimen*, para asomarla a la brutalidad de un capitalismo industrial desconocido en la provincia y hasta me atrevería a decir que casi en Andalucía. Las cuentas echadas en Londres, París o Aquisgrán parecen salirles a la significativa “troupe” de ingleses, franceses, belgas y alemanes que colonizan esta tierra. El contraste hubo de ser tremendo y no muy distinto al que experimentaron aquellos buenos “salvajes” precolombinos a la vista de nuestros distintivos signos de “progreso”. Imagínese si no cómo tuvo que ser recibida la llegada de la primera máquina de vapor, traída desde Cornualles, y echada a andar en una mina linarense, la primera de España, por lo demás. Tan maravillados, pues, los reacios mineros ante tamaño ingenio como el propio ingeniero inglés ante la vista (según relata en su diario²³) de procedimientos de desagüe en algunas de estas minas similar al que en un anterior viaje había observado en la misma ribera del Nilo.

Pero no es sólo la fácil anécdota, al dictado del maquinismo, lo que confiere valor al estudio de este sacrificado rincón de Andalucía. Es el caciquismo minero, en un desfile interminable de capitostes locales, poderosas firmas que rigen el destino de Linares desde Londres, aventureros, colonos, inmigrantes, políticos de aquí (el

pueblo) y de allá (la Corte), nobles, bienhechores, mineros, sus viudas y huérfanos... Así hasta completar el más variopinto cuadro viviente, moviéndose entre la aspereza granítica y el irrespirable ambiente plúmbico de una ciudad en la que ya no cabe un alfiler y que no crece socialmente al ritmo de su sorprendente superpoblación. Una ciudad que se convertirá en presurosa tumba para muchos de los que llegaron a ella con la ilusión de traspasar las puertas de un nuevo *Eldorado*.

Conclusiones

He releído suficientemente los anteriores párrafos²⁴, antes de aislarlos y someterlos a una mínima crítica historiográfica, dudando de si la buena historiografía admite algunas características propias de la ficción: imaginación para simpatizar con los actores y situaciones presentes en el relato y poderes literarios de selección, descripción y evocación (ASH, 24). Seguimos, sin embargo, sin una definición precisa de Historia, aunque todo apunta a que la base última de la comprensión histórica y de la decisión cultural de “hacer historia” es la captación por el ser humano de la dimensión política de su destino (CHÂTELET, 3). Con esto nos bastará por ahora.

Lo que realmente haya ocurrido en cada momento es sólo lo que los testimonios nos obligan, críticamente, a creer que ocurrió. Es así como los acontecimientos históricos cobran actualidad para el historiador, se hacen presentes, porque de las deseadas enseñanzas que ya quisiéramos sacar para el futuro, nada de nada. El futuro –como decía Hegel– es un objeto, no de conocimiento, sino tan sólo de esperanza y temores. Y esperanzas y temores no son historia. El verdadero sentido de la historia es la plenaria justificación de ella (FERRATER, 22), porque siempre que el pasado sea real y legible –concluirá François

²³ LÓPEZ SOTO, Juan, “Mineros protestantes en Linares”, de la obra *Historia de la Iglesia Evangélica en Jaén*, impreso en Cuadernos para la historia de la Iglesia Evangélica de la provincia de Jaén [s/f].

²⁴ Los textos aquí seleccionados forman parte de una obra que tenemos en preparación: *Plomo, caciquismo y caridad en una nueva ciudad andaluza. Linares, 1875-1923*.

Châtelet- es preciso que pueda verificarse la exactitud de la lectura que se ofrece de él.²⁵ Empecemos, entonces, por distinguir entre la historia tal y como aconteció y la historia tal y como se la piensa. Es decir, distinguir entre historia misma (entendida como registro de la memoria de la especie humana) e historia meramente recreada.

¡Ah!, y por favor no tomemos en serio ese ridículo eufemismo de Tonbye de que *el conocimiento de la historia nos debería servir para no volver a cometer los errores del pasado*. Esta actualización de la *res gestae*, o idea de que hay repeticiones en la Historia, de que “no hay nada nuevo bajo el Sol”, sólo puede

tener sentido para una mentalidad no historiadora.

Ni la Historia es historia del presente ni mucho menos caldo de futuro. La verdad (en el sentido del *verum=factum*, de Vico) es más deseable que la ilusión.²⁶

Sea, pues, lo que sea, pretendidamente científica o no, recreadora de pasados o constructora de presentes, academicista o descriptiva, universal o local, a tenor del más estricto realismo es un hecho que con la Historia tenemos que contar, si no queremos pagar muy caro su ignorancia o falseamiento (JIMÉNEZ, 12)■

²⁵ CHÂTELET, François, *El nacimiento de la Historia*, pág. 8.

²⁶ En el sentido expresado por K. Lowith de que *la verdadera significación del progreso es esperar algo del futuro*, véase *El sentido de la Historia*, pág. 125.

Bibliografía

Ash, Timothy G.: (2000), "El presente como historia", en *Claves de Razón Práctica*, núm. 102, págs. 22-26.

Châtelet, François: (1978), *El nacimiento de la Historia*. Madrid, Siglo XXI Editores (2 vols).

Collingwood, R.G.: (1982), *Idea de la Historia*. México, Fondo de Cultura Económica.

Cruz Artacho, Salvador: (2012), "Algunas consideraciones sobre debates historiográficos en la actualidad, a propósito de la historia local", en *Actas del I Congreso de Historia de Linares*. Centro de Estudios Linarenses & Diputación Provincial de Jaén, págs. 11-25.

Cuartango, Román G.: (2000), "Naturalizaciones. Vértigo en el trato con la historia", en *Claves de Razón Práctica*, núm. 101, págs. 64-70.

Ferrater Mora, José: (1984), *Cuatro visiones de la Historia Universal*. Madrid, Alianza Editorial.

Franco Quirós, Juan y Antonio Moreno Nofuentes: (s/f), *Análisis sociodemográfico de una nueva ciudad andaluza. Linares (1875-1900)*. Cámara de Comercio e Industria de la Provincia de Jaén.

Jiménez Lozano, José: (2001), "El ángel de la Historia", en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, núm. 47, págs. 11-14.

López Villarejo, Francisco: (1994), "Sociedad y prostitución en un enclave minero de la Andalucía del siglo XIX". Comunicación presentada al XI Congreso de Profesores Investigadores (Palos de la Frontera, septiembre 1992). Sevilla. Asociación de Profesores de Geografía e Historia de Bachillerato de Andalucía *Hespérides*, págs. 353-365.

Lowith, Karl: (1973), *El sentido de la historia*. Madrid, Aguilar, S.A.

Ortega y Gasset, José: (1998), "El mito, fermento de la historia", en *Revista de Occidente*, núm. 205, págs. 77-78.

Pemán, José María: (1958), *Andalucía*. Barcelona, Ediciones Destino.

Ridao, José María: (2001), "El retorno de la historia", en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, núm. 47, págs. 63-66.

Sierra Álvarez, José: (1994), "Rough Characters. Mineros, alcohol y violencia en el Linares de finales del siglo XIX", en *Historia Social*, núm. 19, págs. 77-96.

Siguan, Miquel: (2001), "La crisis de la idea de progreso y el sentido de la historia", en *El Ciervo*, núm. 598, págs. 24-27.